

EL CUARTO CERRADO DE LA MEMORIA.

LUIS PÉREZ ORAMAS, *La gana breve*, Fondo Editorial Pequeña Venecia, Caracas, 1993; 42 págs.

Son varios los escritores venezolanos jóvenes que desde hace años han fijado su residencia en Europa: Gustavo Guerrero, Ana Nuño, Luis Pérez Oramas. Todos ellos vienen desarrollando una intensa labor tanto en el campo de la crítica como en el de la poesía. Luis Pérez Oramas (1960) ha sido durante largo tiempo discípulo de Louis Marin en París. Son numerosos los ensayos que ha dedicado a explorar los signos de la pintura occidental. Menos conocida es tal vez su poesía, que cuenta hasta hoy con dos títulos: *Salmos (y boleros) de la casa* (1986) y el más reciente, *La gana breve* (1993).

Ya desde su primer libro su actividad poética se ha visto marcada por un *designio ritual* que hace que sus poemas puedan leerse como breves “salmos” que buscan llenar el lugar de una ausencia: la de la “casa” de la infancia familiar, la del “país lejano”. *La gana breve* está estructurado en cuatro partes: “Egressio”, “Proemio”, “Exordio” y “Cantus”, títulos que revelan la voluntad de ritualización del canto, su arquitectura ceremonial; el grano de la voz debe pasar por varios tamices, debe sufrir varias pruebas, antes de volverse “cantus”: transparencia, levedad que lo hace “como la luz / ligero”.

Este ritual poético se ve intensificado, sobre todo en los poemas de las dos primeras partes, por la repetición obsesiva de un sintagma o una palabra que se convierte, de este modo, en una suerte de médula imantada del canto. La casa, el colegio: seres, árboles, frutos: el agua del castaño, las palmas, las mandarinas, el olor del pan: “la atenuada voz de los objetos / que me darán sus rostros”. Así, el entero contenido del “agua gris de la memoria” se ve atrapado en esa red medular del poema (“Yo nunca supe”, “Trae”), por la que la escritura reunifica en un solo cuerpo los fragmentos del pasado.

En el primer poema de la sección “Cantus” se nos dice que “alguien sonaba / un cubierto contra la soledad sacerdotal / de un plato”. ¿Será la escritura el afilado ritual que rasga el silencio sacerdotal, hierático, de todos los rituales? ¿O aluden estos versos, tal vez, al final del *Paradiso* de Lezama Lima, a ese encuentro con el ritmo hesicástico del universo a través del pausado tintinear de una cucharilla contra un vaso?

El libro viene guiado por un verso de José Ángel Valente: “me engendras, cuerpo, en tu latido cóncavo”. En estos poemas de Luis Pérez Oramas el cuerpo está hecho de aire, y su latir, por tanto, es el latir del silencio. El cuerpo la concavidad el vacío el silencio. Poesía de la ausencia del lugar, poesía decantada en la invención de un paraíso habitable, que no es otro que la tierra natal (Caracas, Arcadia).

Desde ese “cuarto cerrado” de la memoria se oye lejano, pero se oye, el ruido de los trenes: imagen (fónica) que resume el mundo del Norte, de la civilización, de la cultura. El poeta proviene del mundo del Sur, primitivo, telúrico, inocente. Su espíritu está escindido entre ambas realidades. Luis Pérez Oramas lo dice también de otro modo: frente al “afuera” (felicidad, mundo, presente), el “adentro” (voces de la memoria, libros, indolencia de los cuerpos, tiempo que se ve fluir y que no engendra ningún instante de plenitud). A “la intensa desaparición de algunas cosas” opone el poeta “tanta / compulsiva gana”, “tanta gana breve / desasida entre las cosas”. El evanescente desear conduce al desasimiento, a la reclusión frente al “arisco rostro de las cosas” de la gran urbe. ¿Y de dónde sino de este radical desasimiento podrá surgir la transparente visión del lugar, de ese cuarto cerrado con las puertas abiertas en el que al fin el ser puede ser?

Además de las palabras de José Angel Valente que aparecen al principio del libro, hay dos breves epígrafes de Paul Celan y Mario Luzi que encabezan, respectivamente, las secciones tercera y cuarta. No son, sin embargo, éstos los únicos nombres que podemos encontrar en *La gana breve*. Uno de los poemas de la sección “Cantus”, el que comienza “Aquí esta Arcadia”, es una lectura de los signos arcádicos presentes en la pintura del norteamericano Cy Twombly desde finales de la década del 50. En su importante ensayo “Para llegar a Twombly o los orígenes de la pintura”, publicado en 1989 en la revista *Syntaxis*, decía Luis Pérez Oramas, refiriéndose a la pintura de Twombly titulada *Arcadia*: “Arcadia es el tema emblemático de la pérdida. De Platón a Plinio, de Picasso al *xoanon* arcaico, de Parrasius a Twombly, la representación aparece, incluso cuando consiste en su propia denegación, sometida a los mecanismos de la ilusión. La ilusión sería el suplente patético de la pérdida. La ilusión sería, pues, el pecado original de la pintura, el gesto a través del cual la operación de la pintura pierde el estatuto edénico de una felicidad caracterizada por la ausencia de necesidad referencial, y al mismo tiempo el recurso gracias al cual ella comienza a realizar el largo, interminable duelo de esa pérdida. La ilusión sería así lo que está después de Arcadia, lamentándola y apelándola. Una Arcadia que Narciso, decíamos, moviendo con su mano la superficie que lo reflejaba, ha descubierto, tras su imagen turbada, en la impenetrable oscuridad del agua”. ¿Hasta qué punto, hemos de preguntarnos, pueden diferenciarse en Luis Pérez Oramas discurso crítico y discurso poético? Su poesía crítica y su crítica poética pueden ponerse en relación con la labor de algunos grandes nombres de la cultura hispánica contemporánea: José Lezama Lima, Octavio Paz, José Ángel Valente...

Es especialmente significativo, a este respecto, el poema que comienza “Todo lo que aprendo se me olvida”, incluido en la sección “Cantus”. Reflexión sobre los límites del conocimiento, la escritura y la memoria, bajo su superficie puede leerse con claridad el nombre de Borges, además de una referencia explícita a *Las Meninas* de Velázquez, obra sobre la que Luis Pérez Oramas ha escrito otro importante ensayo: “*Las Meninas* y la figura de la Encarnación”. El poema es éste:

(descriptio)

Todo lo que aprendo se me olvida.
Los poemas que he leído se han perdido.
Habrá quedado un verso me pregunto.
La escritura de Dios, quizás, sobre la piel del tigre
esa metálica mentira.

Mi lectura del planeta, del agua y de las tardes
se me apaga.
Dura lo que dura
el placer de una palabra
el efímero hervidero de la luz
sobre mi espalda.

Nada he hecho que sea completo, definitivo.
Ningún libro, en verdad, me pertenece.
La voz del espejo y las meninas
si sus sombras me visitan.
La vida hueca
para que el aire pase.

En un estilo voluntariamente coloquial, dotado de un aliento invocatorio, ritual, solar, estos poemas de Luis Pérez Oramas son el viaje, el canto que conduce a una Arcadia entrevista entre los pliegues de la memoria. Las cosas quedan suspendidas en el aire, el poeta quiere retener “la matinal limpieza de este instante”, cobijarse, perderse al fin en ese tiempo sin tiempo que lo protege del tiempo.

Rafael-José Díaz